

V. LUDOVICO BLOSIO, O.S.B.

OBRAS SELECTAS

**Nueva edición preparada por el
R.P.D. HERMENEGILDO NEBREDAS
de la misma Orden**

**Serie
Grandes Maestros
Nº 6**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 -Sevilla**

Con licencia eclesiástica.

D.Legal: B- 23.637-91

ISBN: 84-770-221-7

Impreso en España

Printed in Spain

ESPEJO DEL ALMA

INTRODUCCION

Ludovico Blosio (1506-1566) fué un ilustre benedictino, reformador de la abadía de Liessies por la práctica de la meditación y de los otros ejercicios de la vida interior. Muy joven ingresó en la abadía de Liessies, en los Países Bajos y a los veinticuatro años ya fue nombrado abad. A los treinta y uno abandonó la abadía y, junto con otros compañeros, se retiró a Ath, en donde empezó a observar la **regla** con todo rigor. Los monjes de Liessies le obligaron a regresar a su abadía. Regresó e implantó allí la observancia de Ath.

Blosio fué un grande contemplativo, asiduo lector de Susón y de Taulero. "Útil es la salmodio —solía decir—, pero más útil es el pensamiento de la humanidad de Cristo, y aun más el de su sagrada pasión. Buenos, sin duda, y agradables a Dios son los ejercicios exteriores, tales como cantar piadosamente las alabanzas de Dios, recitar largas oraciones vocales, permanecer largos ratos de rodillas, mostrar señales sensibles de devoción, ayunar, velar, etc ; pero infinitamente superiores son los ejercicios

espirituales, por medio de los cuales el hombre, por ardientes deseos, no por los sentidos o imágenes, sino de una manera sobrenatural, se acerca a Dios para unirse con El”.

Bajo su dirección, Liessies se convirtió en un vivero de santos. Escribió *Espejo del Alma*, *Directorio Espiritual*, *Guía Espiritual*, *Joyel Espiritual*, etc.

Estas obras se tradujeron inmediatamente al castellano, francés, flamenco, italiano y alemán. En muchos monasterios de benedictinos era obligación leerlas en el reflectorio. Cada monje las tenía en la celda y se guiaba por ellas “como si fuesen parte de la Biblia”. Durante algun tiempo influyeron de tal manera que llegaron a transformar, de algún modo, el espíritu dela Orden. La oración mental llegó a ser tenida en tanto aprecio como la liturgia, lo cual era algo nuevo entre los benedictinos, siempre tan amantes del *opus Dei*. (Royo Marin, *Los grandes maestros de la vida espiritual*, pág. 284).

PROLOGO

Compuse este libro, vencido de la importunidad grande (aunque piadosa) de un amigo, el cual no cesaba de pedirme un Espejo espiritual, donde con brevedad notase las cosas que principalmente hacían al caso, para ordenar la vida santamente; y pusiese con cuidado las que suelen dar *consuelo, verdadera esperanza y confianza en Dios al pecador o imperfecto, pero hombre de buena voluntad*; mas de suerte que cualquier cristiano se pudiese aprovechar del sobredicho Espejo. Deseando, pues, satisfacer en algo la justa petición de mi amigo, junté aquí muchas cosas, como se ofrecieron a la memoria, y lo que hice fué a gloria de Dios; sujetándolas todas humildemente a la censura de la santa Madre Iglesia. Pero los que sin temor de Dios perseveran en sus maldades y pecados voluntariamente, tangan por cierto que no son para ellos los consuelos que aquí se ponen, pues ni tienen buena voluntad ni son cristianos de veras. Enmiéndense, y entonces les cabrá parte de las cosas que aquí se dicen y escriben de la inmensa piedad y misericordia de Dios. pero si no enmendaren su mala vida, sentirán sin duda el rigor de la divina justicia y padecerán eternos tormentos en el infierno.

CAPÍTULO PRIMERO

Por donde ha de comenzar el que trate de servir a Dios

Amar, temer y honrar a Dios.- Yo te aconsejo, amonesto y ruego, muy querido amigo, que temas, honres y ames a tu Señor y Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Uno en substancia y Trino en personas. Porque Él es todopoderoso, inmenso, eterno, soberano, inmutable, incomprensible, sumamente justo, sumamente santo, sumamente sabio, sumamente bueno, sumamente suave. Él hizo de la nada el cielo y la tierra, y cuanto en ellos se contiene. Él ve y tiene perfectísimamente delante de los ojos, no sólo las obras exteriores de los hombres, sino también los pensamientos y afectos; conoce todas las cosas pasadas, presentes y por venir. Ama grandemente a los hombres, y nunca cesa en esta vida de hacerles a cada uno de ellos muchos beneficios, y así con mucha razón se le debe el temor, la reverencia y el amor.

Huir el pecado.- Guárdate, pues, con gran diligencia, de no afrontarlo con tus pecados. Aunque pudieses librarte a ti y a otros muchos de la muerte, dando consentimiento a algún pecado, de ninguna suerte lo habías de hacer; porque no es lícito hacer mal aunque de allí se haya de seguir algún bien; y sería muy gran disparate por el bien y provecho de las criaturas, que comparadas con Dios son casi nada, ofender adrede, y con voluntad deliberada al Criador, que es bien infinito. El temor santo de Dios amonesta sin cesar al hombre que se abstenga de los pecados y que viva en este mundo *templadamente*, no siguiendo sus apeti-

tos; *justamente*, no haciendo agravio a nadie; *piamente*, honrando y sirviendo a Dios. ¹ Piensa muchas veces que para esto te crió Dios y te dió un alma inmortal y que usases de razón, para que en esta vida le obedecieses y amases; y obedeciéndole y viviendo bien, al fin lo viesesen el cielo claramente, y eternamente gozases de Él. Porque si con diligencia te apartares del mal e hicieres bien, si sirviendo a Dios fielmente acabares la vida en su servicio, llegarás con bonanza al puerto de la gloria, por la Pasión y merecimientos de Jesucristo.

Obediencia a la Iglesia.- Persevera firmemente en la santa fe católica, creyendo sin nunguna duda todo lo que contienen las divinas Escrituras que tiene la Iglesia recibidas, y lo que el Espíritu Santo nos revela y propone por ella, para que creamos.

Has de obedecer humildemente a la Iglesia católica, aunque vieres en ella algunos pastores que no viven bien. Pues hablando Cristo Señor nuestro, en el Evangelio, de esos indignos ministros que viven mal y enseñan bien, dice: “Guardad y cumplid todo lo que os enseñaren y dijeren, pero no viváis como ellos viven” ². El que menosprecia la Iglesia, que es el Cuerpo místico de Cristo, menosprecia al mismo Cristo que es la Cabeza, como Él lo dijo claramente: “Quien a vosotros obedece a Mí me obedece y quien a vosotros menosprecia a Mí me desprecia” ³.

En esta Iglesia universal, a quien llama San Pablo “columna y fundamento de la verdad” ⁴ por orden y mandamiento de Dios, preside en la tierra el Sumo Pontífice, sucesor de San Pedro.

Fuera de esta Iglesia, que es una sola, fuera de esta arca de Noé, ninguno se salva. Pues aunque haya en ella no solamente buenos sino también muchos malos que sin ningún respeto cometen en ella grandes abusos, desconciertos y graves pecados (porque es

¹ Tito, 2 12.

² Mateo, 23. 3.

³ Lucas, 10, 16.

⁴ 1a. Timoteo, 3. 15.

una era donde se hallan juntos en esa vida, no solamente granos sólidos, sino pajas inútiles y vanas), con todo esto siempre persevera en ella la verdad. Porque allí enseña el Espíritu Santo a los fieles, y los alumbrá y rige; y a Ella sola comunica la verdadera inteligencia de la sagrada Escritura.

De suerte que es cosa certísima, que todos los que tienen y sustentan alguna opinión contraria a la Iglesia Católica Romana, y así se apartan de la unión de ella, si acabaren la vida obstinados en aquella herejía o cisma, lo pagarán en el infierno con tormentos eternos, aunque en lo demás parezca que aquí vivieron justamente; así pues, es indudable que los herejes y cismáticos, aunque parezcan más modestos, benignos, templados y castos, aunque den grandes limosnas a los pobres, aunque oren de continuo y en sus oraciones derramen muchas lágrimas con grandes sentimientos, y aunque vivan con grande aspereza y hagan milagros, aunque entreguen sus cuerpos a la muerte con gran voluntad y sin ningún temor; mas porque son soberbios y falsifican las Escrituras con declaraciones abominables y rompen la unidad de la Iglesia, no pueden tener verdadera caridad. Dios los aborrece y los desecha de su Reino, como a capitales enemigos; y es cosa cierta que jamás lo alcanzarán, salvo si humillados y obedientes se sometieran a la anta madre Iglesia, y se despojan de sus opiniones abominables. De manera, que has de perseverar en la fe santa, cristiana y verdadera; creyendo sin ningún fingimiento todo lo que cree la Iglesia católica, y ejercitándote en lo que ella santamente se ejercita.

Si vinieres a tal extremo, que te sea forzoso negar esa fe santa que profesas, o padecer tormentos y aun la misma muerte; antes muere tu millares de veces (si fuese posible) que dar la menor muestra de palabra o señal en contra. Porque si la fe o a Cristo negares, también te negará Cristo delante de su Padre.¹ , sino es que te arrepientes y haces penitencia, como la hizo San Pedro, que habiendo negado a Cristo tres veces, lloró grandemente.² Y

¹ Mateo, 10-33. Marcos 8, 38

² Lucas, 22, 62.

si por la fe santa y por la verdad sufrieres la muerte, gran ventura será la tuya. A éstos los asegura Cristo Señor nuestro en el Evangelio, diciendo: “No queráis temer a los que matan los cuerpos y no pueden matar al alma”¹. Asimismo dice: no se perderá ningún cabello de los de vuestra cabeza; vuestra perseverancia será lo que os hará señores de vuestras almas. Y otra vez dice: “El que por mi amor perdiere su vida, ese la hallará”.²

Supersticiones, hechiceros y nigrománticos.- Abomina toda superstición y el arte mágica y divinatoria. Nunca acudas por remedio a nigrománticos, ni hechiceros, sino a tu Dios y Señor, y en Él pon tu esperanza y estriba en Él. Oye lo que el mismo Señor dice a su pueblo en el Deuteronomio: “No se hallará entre vosotros quien pregunte a los adivinos, ni quien sea hechicero ni encantador, ni quien consulte a los nigrománticos ni agoreros; porque todas esas cosas las aborrece Dios. Los gentiles que no conocen a Dios, toman consejo con los agoreros y adivinos; pero muy de otra manera estas tú enseñado del Señor”.³ Estas son palabras del Deuteronomio. Por cierto que el que acude a éstos por remedio o consejo, acude al demonio dejando a Dios.

Inocencia de Vida.- Huye, con diligencia, de todo pecado, oyendo atentamente al apóstol San Pablo, que muy de veras y con gran peso de palabras dice: “Por ventura no sabéis, siendo tan claro, que los malos no poseerán el Reino de los cielos. No os engañéis, que será yerro notable; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avarientos, ni los que se hartan de vino, ni los maldicientes, ni los robadores poseerán el Reino de los cielos”⁴. Y otra vez dice: “Estas son las obras en que se echa claramente de

¹ Mateo 10, 28; Lucas, 12, 7; 21, 18-19.

² Mateo, 10, 39.

³ Deut, 18. 10-14

⁴ 1a. Corintios, 6, 9.

ver que un hombre sirve a la carne, aunque sea cristiano, que son: el adulterio, la fornicación, la deshonestidad, la lujuria, el culto a los ídolos, las hechicerías, bandos, pleitos, celos, el apetito de venganza, las riñas, disensiones, las herejías, envidias, homicidios, la embriaguez y glotonería, y otras obras semejantes a éstas; de que, estando con vosotros, os avisé de palabra, y ahora os aviso por carta, que los que hacen estas cosas no alcanzarán el Reino de los cielos”.¹ Hasta aquí son palabras de San Pablo. Sin duda, que los que hacen semejantes obras serán condenados, si por la verdadera penitencia y enmienda de la vida no vuelven a la amistad de Dios. El soberano juez Cristo, en aquel juicio espantoso, cuando se acabare de limpiar la era del Señor, y fueren apartadas las pajas del trigo, ² les dirá irado: Id malditos al fuego eterno.³ Y tu acuérdate de estas palabras.

Pureza de conciencia.- Ahora, pues, para que alcances pureza de conciencia, y seas allá dentro alumbrado, trae a la memoria como has ofendido a Dios, y te has descuidado en palabras, en obras, en deseos, en pensamientos, en la poca mortificación y pureza de tus afectos y pasiones y en las demás cosas en que se desconcierta y descompone un hombre, y en todas las que no son conformes a la caridad y contradicen a la muy agradable voluntad de Dios, da una vuelta a tu alma, y examínala desde el tiempo que te puedes acordar; y desagradándote de ti mismo, da voces en el corazón, con el publicano, y dile: “¡Oh Dios!, apiádate de mí, pecador”⁴. ”Pequé, Señor, ten misericordia de mí. Tantos, y tan diferentes son mis pecados, que sólo tú, Dios mío, eres el que perfectamente los conoces y sabes. Perdona a este miserable. Lava el rostro de mi alma de todas las torpezas que tiene, adórnala con tu gracia, dándome buena voluntad.” De esta manera has de poner en ti los ojos y hacer un

¹ Gálatas, 5, 19-21.

² Mateo, 3, 12.

³ Mateo, 25, 41.

⁴ Lucas, 18, 13.

juicio de ti mismo: y de esta manera has de llorar delante de tu Padre celestial, a quien es propio el usar de misericordia y perdonar. Duélete solamente por Dios y por su gloria; y porque sabes que tus pecados ofenden a Dios, y son contra su honra y voluntad, ha de ser la principal razón porque te ha de pesar de ellos. En más has de estimar la injuria que a Dios hiciste, que las penas que has merecido.

Confesión.- Después confiesa esos mismos pecados sin que falte ninguno, con llaneza, claramente, con pocas palabras, delante de confesor competente, que tenga las veces de Dios y autoridad para absolverte. Si te parece hacer una confesión general de todos los pecados graves, que te acuerdas que has cometido desde que tienes uso de razón, una vez basta que la hagas, y cumples con la verdad eterna de Dios; aunque algunos varones espirituales hay que no se contentan con hacer esto una vez, sino muchas. És muy importante que, pues cada día caes y te enlodas, también te limpies muchas veces por la confesión, delante del sacerdote.

Escrúpulos.- Desecha los escrúpulos superfluos y vanos, porque impiden la luz interior y deslumbra la conciencia (que conviene que esté adornada con fé, esperanza y caridad) con temores, congojas y amor propio. Si acabada tu confesión te quedan algunos remordimientos de conciencia, como es natural, se han de sufrir con paciencia y con una humilde resignación, y por ellos no se ha de volver livianamente a hacer otra vez la confesión.

Pecados veniales.- De suerte que si por ventura no declaraste en la confesión todos los pecados veniales, no tienes por qué angustiarte ni turbarte mucho; porque basta haberlos declarado en general y en común; pues solamente estamos obligados por precepto de la Iglesia y por necesidad, a confesar clara y distintamente los pecados mortales y aquellos de que tenemos duda fundada si lo son. Mas las culpas veniales hemos

de confesarlas de veras delante de Dios, y muchas cosas hay con que se alcanza perdón de ellas; como es la contrición, la oración del Padrenuestro, el hincar las rodillas en la tierra, sufrir algunas molestias por amor de Dios con paciencia, el agua bendita, algún gemido o golpe al pecho con humilde sentimiento, si se hacen con devoción y espíritu. Empero también es *provechoso al alma, y agradable a Dios el confesar con diligencia los pecados veniales*, mas, como hemos dicho, se han de desechar todos los escrúpulos vanos. Realmente como te pesa ya de haber pecado, y tienes dolor de haber ofendido a Dios, y propósito de servirlo y amarlo de ahí adelante, y has confesado bien tus pecados, debes tener confianza y paz en tu alma. Haz, pues, y cumple con diligencia lo que te mande el confesor, y da crédito a la virtud del sacramento y a la divina promesa. Confía en el Señor, que dice a los sacerdotes que oyen las confesiones legítimamente: “Todo lo que absolvieris sobre la tierra será absuelto en el cielo”¹

Confianza.- Espera en la benignidad y misericordia de Dios; pues *aunque tú solo hubieses cometido todos los pecados de todos los hombres*, después que te limpiaste con la divina contrición, confesión y satisfacción, *estás ya reconciliado con Dios*. Ya te recibió en su gracia y amistad, y no te imputará más los pecados que una vez te perdonó, ni te afrentará por ellos. Si tu penitencia fué verdadera, tus pecados han desaparecido y han sido borrados *como si jamás los hubieses cometido*

Más importa, de ahí adelante, perseverar en la buena vida, y que si por tu flaqueza alguna vez cayeres, que te levantes luego. Es tu Dios rey liberalísimo, y *nobilísimamente perdona todas tus deudas por grandes que sean*; es médico omnipotente: en un momento cura cualquier enfermedad de alma por grave y singular que sea. Ejemplo tienes de esto en el rey David, en María Magdalena, en el ladrón en la cruz y en otros innumerables enfermos. Porque tan fácil le es a Dios perdonar muchos pecados mortales, como perdonar uno; y recibe Dios mucho contento de que sientas esto

¹ Juan , 20, 23.

de Él y que le digas humildemente: “Señor mío Jesucristo, yo confío de tu inmensa bondad, que no dejarás perder a quien criaste a tu imagen y semejanza y redimiste con tanto trabajo”. Aunque sean muy muchos tus pecados, ¿qué son comparados con la infinita misericordia de Dios?

Algunos hombres de muy poca fe, espantados por los pecados que han cometido o por las recias tentaciones con que los fatiga el demonio, pierden la esperanza de su salvación; imaginando que están sus conciencias de tal suerte enmarañadas, que no quiere Dios, o no puede ayudarlos, ni darles la mano. Son miserablemente acosados de un temor irremediable; y están persuadidos de que en todo cuanto hacen ofenden a Dios, y que ya están condenados y sin ningún remedio. Este es un error muy grande y muy molesto y quien le da lugar afrenta muy mucho a Dios. Dios quiere y puede perdonar a cualquier hombre que está de veras contrito y lo quiere sacar y librar de cualquier impedimento, por grande que sea, de su salvación. Y si Él no quisiera perdonar a cualquier pecador contrito y convertido, no le esperara con tanta paciencia su conversión, ni le hubiera dado contrición y buena voluntad, sino que en pecando lo castigara con penas eternas conforme a lo que pedían sus culpas.

Verdad es que permite algunas veces que sus fieles siervos y sus escogidos amigos sean por mucho tiempo molestados y afligidos con desesperación y con otras espantosas, y sin duda infernales tentaciones; pero hace Él esto, por el grande amor que les tiene, amparándolos entonces y sosteniéndolos para que no desmayen.

Con todo eso, muchos, por no considerar bien la grandeza de la misericordia de Dios, pierden sus almas, no enmendando su mala vida, ya que, si no con la lengua, a lo menos con las obras, dicen: ¿Por qué no haremos lo que se nos antoja? Cada vez que nos volviéremos a Dios, nos recibirá y usará con nosotros de misericordia, y nos perdonará nuestros pecados. Mas ¡ay! que prometiéndose estos hombres larga vida y penitencia verdadera, por justo juicio de Dios, por la mayor parte no alcanzan lo uno ni lo otro y al fin mueren en sus pecados. Pero ¿Cómo es posible,

que el que está aparejado para enmendar la vida, desespere de la benignísima piedad de Dios? Pues dice Dios por su profeta: *Cuando el pecador se aparte de los pecados que ha cometido, y cumpliera mi ley, daré vida a su alma, jamás me acordaré de ningún pecado de los que cometió, mas la justicia que después hizo le servirá para que viva eternamente.*¹ ¿Por ventura deseo yo la muerte del pecador y no que se convierta de sus pecados y que viva?² Y otra vez dice: *¿Puede por ventura, la mujer olvidarse de su mismo hijo, de suerte que no se compadezca del que nació de sus entrañas? Aunque ella se olvide, Yo no te olvidaré. porque he aquí que traigo estampada tu figura en las palmas de mis manos.*³ Y otra vez dice de esta manera: *¿Por ventura hay para mí alguna cosa dificultosa?,*⁴ Asimismo dice: *Como nubes deshice tus maldades y como nieblas tus pecados.*⁵ Y otra vez dice por el mismo Profeta: *Lavaos y procurad estar limpios, no vean ya mis ojos la malicia de vuestros pensamientos; cesen ya vuestras malas obras; aprended a obrar bien; si fueren vuestros pecados como la grana, se volverán blancos como la nieve; y si fueren tan colorados como el carmesí, se pondrán blancos como un poco de lana.*⁶

Con estas y otras muchas sentencias semejantes te consuela Dios en la Escritura divina; el cual desea que ninguno se pierda, para que tengas confianza en su bondad clementísima. Confía, pues, ¡oh hombre de buena voluntad!; *confía en la misericordia de tu Dios, aunque luego en comenzando a enmendar tu vida te hubieses de morir.* Porque, como dice el Evangelio, también reciben el dinero de la bienaventuranza eterna aquellos que una sola hora trabajaron en la viña⁷, esto es, los que muy poco tiempo

¹ Ezequiel, 18, 21.

² Ezequiel, 18, 23.

³ Isaías, 49, 15.

⁴ Jeremías, 32, 27.

⁵ Isaías, 44, 22.

⁶ Isaías, 1, 16.

⁷ Mateo, 20, 9.

vivieron bien; y asimismo llama el Señor bienaventurados a aquellos que en la tercera vigilia de la noche, esto es, en la vejez los halla dispuestos. ¹ Empero si no te sacare de esta vida luego que te convirtieres y volvieres a Él, persevera firmemente en el buen propósito comenzado, en el temor del Señor.

CAPÍTULO II

De algunas virtudes en que se ha de ejercitar el que comienza

Perspectivas de la vida espiritual.- Para que todo lo que te resta de la vida hagas penitencia agradable a Dios, sufre las adversidades que, permitiéndolo Él, te suceden y vienen por mano de las criaturas. Suele el Señor a quien se convierte a Él, luego al principio de su conversión, darle muchos consuelos, ofreciéndole casi de continuo la leche espiritual y el pan blanco de su gracia; mas andando el tiempo, quitándole este suave manjar, le da manjares sólidos y pan negro, y lo lleva por caminos muy ásperos, dificultosos y oscuros, y lo fatiga con tribulaciones prolijas y angustias terribles; tanto que le parece a este hombre que está totalmente desamparado y desechado de Dios y en alguna manera entregado en las manos de Satanás. Entre tanto es también afligido gravísimamente por los vicios que se levantan contra él y por los hombres que lo persiguen. Si te sucediere, esto, mira que tengas valor y cordura, y *confía firmemente en tu Dios, el cual te azota de esa manera o permite que seas afligido, por el grande y verdadero amor que te tiene No echas de tus hombros la cruz que Él te pone, porque ella te será muy saludable y de más provecho que otra cualquier abundancia de dulzura espiritual.*

¹ Lucas, 12, 38.

Paciencia.- Porque, como tu Señor es médico sapientísimo, da cauterios de fuego, corta, y da pócimas amargas para sanarte. Y, puesto que tu sabes esto, sufre con paciencia todo lo que te da pena; *sufre cualquiera aflicción por honra y amor de Dios, en remisión de tus pecados.*

Nunca murmures contra Dios, ni reprendas sus obras y juicios; *porque aunque tú no las entiendas y alcances, mas ellas son siempre justas y muy ordenadas.*

Providencia de Dios.- No pienses que suceda nada en el mundo acaso y sin que vaya guiado por la providencia de Dios; mas considera y mira en todas las cosas, con atención, a la divina disposición y orden; sin el cual no cae una hoja del árbol. Dios que crió todas las cosas, también las gobierna y rige, desde el más alto ángel hasta el más pequeño gusanito de la tierra. Si esto creyeres firmemente, con mucha facilidad podrás pasar con un ánimo igual y sosegado entre los varios sucesos de la vida presente; sufre con suave y manso corazón todas las cosas.

Humildad.- Te recomiendo que seas hombre de buena voluntad y resignada, y juntamente que seas de veras humilde. Nunca pienses de ti que eres algo; mas júzgate de continuo delante de tus ojos y en tu entendimiento por muy pequeño y por nada. No encarezcas las buenas obras que haces, conociendo cuán llenas están de muchas faltas; pero las obras ajenas estímallas en mucho y cree que hacen gran ventaja a las tuyas. No te entregues a la vana complacencia por algún don que hayas recibido de Dios, porque quien da consentimiento a semejante vanidad, afea la tez y hermosura de su alma con una mancha feísima. Huye con diligencia de la terquedad y obstinación de tu propio parecer; porque ésta impide grandemente la gracia de Dios y el aprovechamiento espiritual. Huye asimismo de las porfías indiscretas de palabras, estimando en más parecer vencido que perder la virtud de la santa humildad. Aunque te sea forzoso afirmar una cosa constantemente por defender la fe y la verdad,

no sea con presunción y soberbia, ni seas en tu celo, más bullicioso ni apresurado de lo que importa. En las cosas dudosas procura con humildad saber la voluntad de Dios de algún siervo suyo, y Dios te encaminará y amparará.

Enséñate a dejar de buena gana tu parecer y juicio, tu voluntad y tus deseos, por amor de Dios; el varon espiritual, aun en los que le parece que son buenos, debe estar resignado y decirle a Dios: “Señor, hágase no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres y lo que más conviene a tu gloria”.

De la obediencia.- Siempre has de estar aparejado para obedecer; porque *más le agrada a Dios una obra pequeña hecha por obediencia verdadera, que una obra muy grande hecha por propia voluntad.* Porque muy mejor es y más acepto a Dios coger la basura por sola obediencia, que por propia voluntad ocuparse en algún acto de contemplación de cosas celestiales; y más favor divino alcanza el que por pura obediencia come templadamente a gloria de Dios, que aquel que por su propia voluntad escoge alguna abstinencia rigurosa. Tan agradable sacrificio le es a Dios el negar la propia voluntad, el propio parecer y el propio gusto. La obediencia es la primera hija de la humildad, dispone al hombre para que reciba cualquier beneficio y es un camino segurísimo para el cielo. El que no quiere obedecer a quien tiene obligación, es atrevido, feroz y rebelde contra sus superiores; y es muy enemigo de Dios.

Ejemplo.- Una virgen de gran santidad, viendo en espíritu el alma de un monje que era bravísimamente atormentado en el purgatorio, del cual se sabía que había vivido muy bien, preguntóle a Dios cuál era la razón por que aquella alma no estaba ya en el Cielo. Díjole el Señor: Este monje, en todas las buenas obras que hacía, no quiso seguir ni obedecer humildemente la voluntad de su abad y de su prior, porque le daba disgusto todo lo que el abad hacía,teniéndose por más sabio que él, y creyendo que podría hacer cualquier cosa mejor que él.

Cuando fueres reprendido, recibe la reprensión con ánimo be-

nigno y sosegado, y reconoce tu culpa de buena gana. Si importa que te excuses, lo has de hacer breve, modesta y humildemente.

De la Vanagloria.- No desees ser estimado y tenido en mucho entre los hombres. Y aunque delante de ellos hagas algunas buenas obras, no ha de ser para que te vean y alaben y para que te estimen por santo, sino para que alaben a Dios, y a gloria del mismo Dios queden bien edificados. En sintiendo que apunta en tu alma el apetito de la vanagloria, corrígelo; y dejando y menospreciando todo respeto humano, busca a Dios y su honra, estima en más el ser menospreciado que alabado; y el estar sujeto que el mandar. No cumplas de mala gana los oficios humildes y bajos, por amor del Rey celestial Jesucristo, el cual se humilló por tu amor más de lo que se puede pensar. Cree que eres el más bajo de todos los hombres, y a todos ellos te sujetas; y *mora en el quieto valle de la humildad, como en un lugar muy seguro. Juzga de ti que eres como un andrajo vil y desechado que puede cada uno libremente hollarlo y pisarlo.*

Si sientes que en tus palabras, movimientos, costumbres y obras eres aficionado a dar gusto a hombre mortal, de suerte que no busques a Dios y su gloria solamente, reprende luego en ti semejante respeto y santíguate como si te encontrases con algún atolladero muy sucio de soberbia y deja esa mala intención. Si hallares que vive en ti una brizna de vanidad, de arrogancia y altivez, mortifícala luego.

Acuérdate que Jesucristo nuestro Señor y los santos ángeles y todos los cortesanos del cielo son humildes, y abominan la soberbia; y por el contrario, los demonios son soberbios y aborrecen grandemente la humildad. Tú, júntate a aquellos, hazte de su bando y apártate de éstos. Ten por cierto que *no es posible que vivas para Dios, si no trabajas por ser humilde y resignado*, y por morir a los vicios y malas inclinaciones de tu naturaleza.

Tanto crecerá en ti el verdadero amor de Dios, cuanto se disminuyere y gastare el pernicioso amor de ti mismo, con que tan torpemente te buscas y te vuelves a ti mismo y a tu propio gusto.

CAPÍTULO III

Cómo se ha de portar con el prójimo el varón espiritual

Amor al prójimo.- Dice Cristo nuestro Señor en el Evangelio: *Este es mi mandamiento y la ley que os doy, que como Yo os he amado a vosotros, os améis unos a otros.*¹

Y otra vez dice: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos; si os tuviereis amor entre vosotros.* Ama, pues, tú a todos los hombres, aun a los que son tus enemigos y contrarios, con una caridad sencilla y entera, como a hermanos o hermanas que tienen un mismo Padre en el cielo, y un mismo Criador y Redentor juntamente contigo. Considera cuán excelentes criaturas son; pues, cuanto al alma, están ilustradas con la nobilísima imagen de Dios, y son capaces de la felicidad eterna; y esta consideración te mueva a amarlos y honrarlos. Porque sólo a los espíritus angélicos y a los hombres hizo a su imagen y semejanza, dándoles razón y entendimiento; y con esta dignidad maravillosa hacen grande ventaja a las demás criaturas.

Cuando ves un hombre feo o deforme, no por esa fealdad que tiene lo has de amar menos, ni debes reparar en la carne corruptible que ves, sino pasar la consideración a la hermosura del alma inmortal que tiene. Porque es tanta la gracia y hermosura del alma racional, cuando no está afeada con las torpes manchas de los pecados, que si pudieses verla más claramente, quedarías como fuera de ti mismo, de sola admiración y gozo.

La verdadera hermosura es la espiritual, que se ve con los ojos del alma. Aunque un hombre sea muy negro, si es justo se debe estimar en mucho más que otro cualquiera hombre tal vez hermoso en el cuerpo, pero de mal vida y peores costumbres;

¹ Juan, 13, 34.

porque sin duda aquel es más hermoso que éste. Fuera de esto, el cuerpo del varón justo, que ahora es feo y aún espantoso a la vista, resucitará algún día muy hermoso y glorioso. Ama, pues, a todos los hombres con amor verdadero, como lo manda Dios.

Porte exterior.- No muestres delante de nadie el rostro triste y desabrido, ni seas en tu aspecto enfadoso y de recia condición, antes, si lo eres, mudando la condición, te muestres a todos, sea quien fuere, suave, amoroso, favorable y fácil. Y si ligeramente te enojas y enciendes en cólera, o sientes desabrimiento con alguno, jamás des consentimiento a semejante vicio, sino reprímelo, témplalo y apágalo cuanto pudieres; pesándote de que tengas tan recia condición. Humíllate y pide a Dios favor; y cuando Él derrame en ti la dulzura de la caridad, ya no serás tan áspero y enojoso. Si el Señor permite que aun en sus amigos escogidos sientan inclinación a la cólera, es, la mayor parte de las veces, para que se conozcan mejor y se humillen más profundamente.

Hacer bien a todos.- Ayuda de buena gana a los que tienen necesidad de tu servicio y favor; en especial has de mostrar buen corazón, buen rostro y palabras amorosas a los que te quieren mal y te molestan, y, cuando la causa requiere, has de hacerles bien, y rogar a Dios fielmente por ellos, como el mismo Cristo lo amonestaba, diciendo: *Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os quieren mal y rogad por los que os persiguen y calumnian.*¹

Ten entrañas de misericordia para con todos los que fueren tentados, afligidos o padecieren alguna necesidad.

Conforme a tu posibilidad provee alegremente a las necesidades de los pobres. Cree que lo que das al pobre lo das a Cristo.

Asimismo has de enviar algunas limosnas espirituales a las almas de los fieles que están detenidas en el purgatorio, rogando devotamente por ellas, que Cristo lo recibirá tan a su cuenta, como si estando Él mismo preso en la cárcel lo visitases y lo procurases sacar de allí, porque las ama encendidamente.

¹ Mateo, 5, 44.

Efectivamente, aquellas almas pertenecen al Cuerpo místico de Cristo, y Él dice en el Evangelio, que la buena obra que se hace a sus miembros, se hace a Él, y así dice: *En la cárcel estaba y allí me visitaste* ¹

Bondad de corazón.- Desea con grandes ansias la salvación de todos, y no te parezca que es poca pérdida, perderse un alma racional, que como esté grabada con la imagen de Dios, es de más excelencia y de más estima que todo este mundo visible. Todos nosotros somos miembros de un Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo ² ; pues no desees ni quieras mal a nadie, ni le tengas envidia; sino antes te has de alegrar del bien ajeno. Adrede no hagas injuria a nadie, ni lo turbes ni desconsueles indiscretamente; no critiques a nadie fácilmente. Ten paz con todos, cuanto es de tu parte.³

Si acaso entre ti y otro hubiere alguna discordia o rencilla grave, procura luego con diligencia reconciliarte, y haz lo que es de tu oficio, como humilde y verdadero siervo de Cristo. Y aun si entre otros hubiere alguna diferencia, trabaja por concertarlos y hacerlos amigos, o con encomendarlos a Dios, o con otro medio conveniente. No estimes en poco a nadie, porque esto es muy contrario a la santa humildad y caridad. *No desesperes totalmente de la salvación de hombre ninguno mientras viviere*; porque, con la divina gracia, el que ahora es malo en un momento puede ser bueno. Aun no está derribado el puente de la misericordia de Dios, que todavía da paso seguro por ella a los que hacen penitencia.

De la compasión.- Así como te has de compadecer de los afligidos, lo has de hacer de los pecadores, y tener compasión de ellos. Gime y llora por la ignorancia y ceguedad humana. Considera cuánta sea la malicia y odio del demonio, que no trata

¹ Mateo, 25, 36.

² Efesios, 4 15; Colosenses, 1, 18.

³ 2a. Corintios, 13, 11

sino de tentar, y la flaqueza y corrupción del hombre, que es el tentado. Disminuye las culpas de los otros y excúsalas con las más discretas palabras que pudieres; pero en las tuyas no ha de ser así, mas debes acusarte a ti mismo gravemente.

Jamás pienses que no te toca a ti la salvación de tu prójimo; pues tú, aunque no seas prelado, has de procurarla con mucho contento y diligencia. Ruega a Dios por los pecadores y procura aprovechar a todos; que con eso merecerás mucho delante de Dios.

Corrección fraterna.- Y usa también de la corrección fraternal donde vieres que conviene, movido con celo de justicia, y por la honra de Dios. Jamás consientas en pecados ajenos, ni lisonjees a nadie. Si alguna vez te enojares para corregir o castigar a alguno que hubiere pecado, sea sin rencor ni odio. *De tal suerte castiga el pecado en el hombre, que no aborrezcas al hombre que hizo Dios, por el pecado que el hombre cometió.* Aborrece la culpa, y no la naturaleza. Porque si quieres mal al hombre, perdido estás, ya que estás fuera de la caridad, y no te podrás salvar, si no es que dejando el aborrecimiento, vuelvas al santo amor; porque como dice el apóstol San Juan: *El que no ama, muerto está.*¹ Semejante hombre, sin duda ninguna que tiene su estancia en la muerte; porque la caridad es la vida del alma, y Dios es caridad. Como quieres que Dios sea contigo piadoso y clemente, así tú lo has también de ser con los demás. Si con diligencia considerases cuan lleno de vicios y defectos de cuerpo y de alma te hallaste algún día, y aun te hallas ahora, y cuán lejos estás de la pureza, santidad y fidelidad que debes a Dios; por cierto que sufrirías de buena gana las pesadumbres e imperfecciones ajenas, a donde lo manda la justicia y la discreción. Confiesa que tu mala y descuidada vida es la ocasión de que otros aprovechan tan poco en el espíritu, y que ofendan tantas veces a Dios.

Contra los juicios temerarios.- Echa siempre a buena parte, cuanto fuera posible, las obras y palabras ajenas y de ninguno

¹ Juan, 3, 14.

pienses mal. Cuando acudieren a tu alma algunas sospechas malas e indiscretas de tu prójimo, con la misma facilidad con que vinieron, conviene despedirlas luego; déjalas pasar. Y aunque alguna vez acaso temas que tal vez engañe el demonio a alguna persona; o que haya algún mal escondido, no obstante no te determines de darle crédito, si no tienes evidencia de ello. De esta suerte debes huir los juicios temerarios; y no seas indiscretamente curioso en mirar con cuidado las faltas ajenas; mira en las tuyas, júzgate a ti mismo y repréndete. Y no te metas presuntuosamente en lo que no está a tu cargo; sino déjalo estar en el estado en que lo hallas; lo bueno sea bueno; pero *las cosas malas no las condenes fácilmente, sino déjalas a Dios que las juzgue, que ve claramente los corazones de los hombres y conoce perfectamente lo que es mal hecho.* El que se mete a donde no le llamen, y quiere reprenderlo y juzgarlo todo con la desenvoltura de su lengua, muy lejos está del verdadero conocimiento de sí mismo y de la verdadera paz y pureza del corazón, y apenas ha llegado a los primeros principios de la vida espiritual Acostúmbrate a vivir sin mucho quejarte; y si te quieres quejar muchas veces, sea a Dios, o a la gloriosísima Virgen María, o a otros santos; poniéndoles delante con humildad y amor lo que te fatiga y molesta.

CAPÍTULO IV

Del desprecio del mundo y guarda de los sentidos

Consideración del cristiano.- Acuérdate muchas veces que eres cristiano, no tanto para la vida presente, cuanto para la venidera; y despreciando las cosas terrenas y caducas levanta tu corazón a las celestiales y eternas. Tu alma fue criada con tanta

nobleza, que todo este mundo no es poderoso para hartarla. Las cosas transitorias y los bienes de acá abajo jamás te hartarán, sino sólo Dios que es sumo y eterno bien, es el que te ha de hartar; y esto será sin duda cuando siendo recibido en el Cielo veas al mismo Dios como él es.

Brevedad de la vida.- Esta tierra no es sino un miserable destierro y un áspero invierno; que el Cielo es nuestra propia tierra y un muy apacible verano. Aunque esta vida sea muy larga, ¡oh! cuán breve es, comparada con la eternidad. Apenas se puede llamar un punto de tiempo.

¡Oh! cuán ligeramente corren, vuelan y pasan todas las cosas de este mundo. Si pusieres tu afición en las cosas de este mundo, que son transitorias y perecederas, perecerás con ellas; pon en Dios tu afición, que dura eternamente y nunca deja de ser. Dime te ruego, ¿de qué te habría servido el estar ahora lleno de riqueza, honras, regalos y deleites mundanos, y que después fueses enviado al fuego eterno? Amigo, pondera bien esto, y piénsalo con diligencia entre ti mismo.

Del uso de las criaturas.- Usa, en esta vida, de las criaturas, a gloria de Dios; empero guárdate de aficionarte a ellas desordenadamente. Consérvate en lo interior libre y puro, cuanto pudieres, de todo género de afición. Refiere a Dios y a la patria celestial todo lo que ves en las cosas criadas, de hermosura, gracia, dulzura, de suave olor y voces suaves, o de otra cualquier perfección. Porque toda la hermosura, suavidad y perfección de las criaturas procede de Dios. *Tu podrás muy bien tomar de ellas para gloria de Dios, algún regalo y consuelo; pero no has de poner en ellas tu afición, ni buscarte en ellas a ti mismo, o tu propio deleite.*

Afición y amor desordenado.- Así que no te has de aficionar desordenadamente a persona ninguna, aunque sea muy santa, ni desees que de esa manera nadie se aficione a ti, sino

conténtate con Dios, y pon en Él todos tus deleites y regalos. No se pueden explicar los daños que hace y los grandes peligros que nacen del amor y afición desordenada que se pone en alguna persona, en especial cuando esta imprudente familiaridad se tiene con otra persona de sexo diferente. Amate a ti mismo, y a todos los hombres en Dios y por Dios; pero a Dios has de amarlo por quien Él es.

Amar a Jesucristo.- Ama, te suplico, a Jesucristo, tu dulce Creador y Redentor, tus verdaderas riquezas y todo tu verdadero bien y regalo. *Si no puedes amarlo encendidamente. ámalo como pudieres, y como Él fuere servido de darte gracia para que lo ames. Desea poderlo amar perfectamente, conforme a tu voluntad; y si no sientes en ti ese deseo, desea siquiera tenerlo.*

Dile a ese tu muy amable Señor buen Jesús: "Yo debo y deseo amarte con todo mi corazón, ten por bien de suplir Tú, todo lo que de ese deseo y de ese amor encendido me falta." "Puedes también decir: "Señor, yo estoy obligado y deseo ser humilde, resignado, sufrido, benigno, manso, modesto, continente, templado y devoto; ten por bien, por tu bondad, de suplir lo que me falta en estas virtudes y bienes." Cuantas veces de esta manera le rogarés de corazón y con devoción a Jesucristo (aunque sea mil veces al día), tantas realmente se ofrece al Padre por ti, y *con el Amor de su Corazón, con su humildad, resignación, paciencia, benignidad y con todas las demás virtudes suplirá perfectamente tus faltas.*

Mortificación de los sentidos.- Como hombre peregrino y extranjero en este mundo, desprecia los deleites y regalos sensuales y carnales, esto es, aquellos de que Dios no es causa, y que no sirven para alcanzarlo a Él, o no son necesarios para sustentar deleites y regalos, y eres muy dado a ellos, aun no entiendes bien ni conoces que eres extranjero y peregrino. Dichoso es el varón verdaderamente espiritual, que algunas veces merece experimentar cuanta ventaja hace el deleite espiritual y

divino al terreno sensual. Dichoso aquel que, mirando con ojos de fe la gloria de la carne y el lustre y pompa de este siglo, conoce que todo es nada y que realmente ella es semejante a una florecilla que en naciendo al punto pasa y se marchita.

No busques vanidad, lascivia y superfluidad ilícita en tus vestidos, ni en las cosas de tu servicio: sino ten una medida y sencillez conforme a tu estado.

En el comer y beber has de ser muy medido y no tragón, ni has de andar a caza de gustos sensuales. Si acaso te ponen delante manjares simples y groseros, no por eso murmures y pierdas la paciencia y paz de tu corazón; mas, dando gracias, toma lo que Dios te da y te provee. Y aunque te sirvan manjares regalados y exquisitos, no mires al regalo de la carne, sino a la necesidad corporal; no te pegues al deleite sensual que sientes. Avergüenzate de buscar manjares delicados sin la debida razón y justa necesidad, pues por tu causa le dieron a Jesucristo, tu Señor, hiel y vinagre. Cree que ni aun pan negro mereces comer.

Cuando la gula y el apetito desordenado te solicitare y tentare fuertemente, considera cuán breve pasa y cuán dañoso es ese deleite halagüeño y pegajoso. Verdaderamente que si te dejas llevar de él sin freno y cumples con lo que pide, que en pasando te dará pena. Mas si por amor de Dios te vencieres y refrenares ese abominable apetito y te conservares limpio, tendrás grande alegría en tu conciencia. Y para que sustentando el cuerpo sustentas también la devoción del espíritu, puedes (no teniendo impedimento) mojar espiritualmente los bocados que comes en la Sangre preciosa de Jesucristo, y sacar la bebida de sus sangrientas llagas.

Asimismo cuando comes puedes reflexionar estas palabras: “Mi amado Jesús, la virtud de tu divino amor me incorpore y haga una cosa contigo”. Y cuando bebas, éstas: “Amantísimo Jesús, la dulzura de tu divina caridad corra por lo íntimo de mi alma y penetre toda mi substancia para tu gloria eterna”.

Mas donde hay lectura de la Escritura Sagrada entretanto que se come, has de estar atento lo mejor que pudieres a lo que se lee, si lo entiendes. Y si acaso alguna vez salieres algo los límites de la

templanza (lo cual muchas veces sucede aun a hombres muy concertados) ruega humildemente al piadosísimo Dios, que perdone tu demasía y exceso; y habiéndote así purificado y hecho penitencia, ten paz y buen ánimo. Aquel que abandonando toda templanza, engulle hasta hartar, como hacen los puercos, ningún lugar deja al Espíritu Santo, ni a la divina gracia.

Verdaderamente conviene que comiendo, bebiendo, descansando, durmiendo, mirando por tu salud, des al cuerpo estos consuelos y alivios puramente por amor de Dios. Una virgen de gran santidad, así se holgaba cuando había dado a su cuerpo alguna de estas cosas que hemos dicho, como si la hubiera dado al mismo Cristo, que dijo: *Lo que hiciste a uno de estos mis pequeñitos, a Mí lo hiciste*,¹ porque ella pensaba que era uno de aquellos pequeñitos. Sustenta, pues, y repara ese tu pobre cuerpo con discreción, para gloria eterna de Dios, en unión de aquel amor con que el dulce Jesús, hecho hombre por ti, tuvo por bien en la tierra de comer, beber, reposar y dormir; y ofrecerle esos alivios del cuerpo, que recibes en unión del mismo amor con que nos amó. Porque cuando santamente nos aprovechamos de aquellas cosas sobredichas, y las ofrecemos a Dios por la oración, o por el deseo incorporadas y unidas con el amor y caridad de Jesucristo, a Él le son muy agradables y a nosotros muy provechosas.

Recato en el hablar y en escuchar.- En el hablar has de ser muy recatado, honesto, sin reprensión y muy medido. Ama el silencio discreto. No te salga de la boca palabra que sea del todo vana o desenvuelta y que provoque loca risa. Pues dice cristo en el Evangelio, que *el día del juicio han de dar los hombres cuenta de cualquier palabra ociosa que hablaren*.² Huye también el ser áspero y mordaz en tus palabras; y abomina del vicio de la murmuración, y de decir mal. Si por alguna necesidad o provecho evidente hubieres de hablar de las faltas de tu hermano, mira que vayas muy sobre aviso, y que no descubras algo de otra manera

¹ Mateo, 25, 40.

² Mateo, 12, 36.

ni con otra intención de la que importa; y entonces guárdate no sea lo que te mueva algún rencor, o mala voluntad. Asimismo no debes afirmar por cierto lo que no es. Evita con grandísima diligencia toda mentira, toda hipocresía, fingimientos, engaños y mala disimulación. Porque no admite Dios en su reino a ninguno que no sea llano y simple y ajeno de todo engaño y doblez.

Si acaso delante de ti dijere alguno palabras de murmuración, y malas o deshonestas, corta la plática lo mejor que pudieres, y aun podrás reprender con modestia y discreción al que las dice. Y si no puedes esto cómodamente, a lo menos con el rostro triste o con algún gemido o sentimiento, o con apartarte de allí o con otra señal conveniente, muestra que te desagrade lo que a Dios ofende; y no pudiendo hacer otra cosa, tapa los oídos del alma, no dando consentimiento a las palabras malas.

Guarda de los sentidos.- Con gran diligencia debes guardar tu lengua y los cinco sentidos de tu cuerpo, esto es, la vista y el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Mira, pues, no uses de ellos fuera de lo que permite la razón. Si eres muy amigo de hablar y muy dado a los sentidos, y te vas tras los contentos y gustos sensuales sin freno, no es posible que aproveches nada en las verdaderas virtudes, y serás desamparado de la divina gracia, porque se evapora y derrama por los sentidos, como por unos desagaderos.

Moderación en el trato.- En las costumbres y movimientos de tu cuerpo has de ser sosegado y maduro. Muy bien harás si, entre aquellos con quien tratas y conversas, te mostrares moderadamente alegre a gloria de Dios, conformándote con el tiempo y lugar. Mira mucho no escandalices a nadie por tu culpa, con palabra ni obra.

Pureza de pensamientos y afectos.- En tus pensamientos y afectos has de ser inocente y puro. Cuando sientes que se desliza en tu alma algún mal pensamiento, o que apunta alguna torpe ima-

ginación o necia alegría o algún afecto sucio, confúndete y vuévete al momento el rostro, acudiendo a Dios con los ojos del alma, o bien a otras cosas que no te sean dañosas o haz también la señal de la Cruz.

Contra los torpes movimientos y estímulos de la carne es de mucho provecho el considerar cuán viles y breves son los deleites sensuales y cuanta sea la corrupción de la misma carne. Porque, ¿qué es la carne por más hermosa y gallarda que parezca, sino estiércol, podredumbre y hedor grandísimo? Toda es fea y abominable, en quitando aquella tela delgada del pellejo, que es la que trae consigo tanta hermosura. Cosa cierta es que nos tenemos que morir, y después de la muerte será la carne un montón de barro vilísimo. También aprovecha mucho para el mismo efecto la oración del Avemaría rezada con devoción y el pedir favor a los santos y el temor y horror de perder la gracia de Dios, y considerar con diligencia que se aparta de Dios y de sus santos perpetuamente, y que será atormentado con el demonio en el infierno con penas eternas. *Mejor y más fácilmente solemos vencer las tentaciones de Satanás, no haciendo más caso de sus tiros que de las moscas que andan en el aire, que si le quisiésemos responder con muchas razones.*

CAPÍTULO V

De la discreción en los ejercicios

Huir de la singularidad.- Has de ser muy discreto, prudente, considerado y cuidadoso en tus obras y ejercicios, y has de procurar tener en ellos reposo y libertad de corazón. No honres a Dios ni le sirvas con flojedad y remisión, sino con devoción y cuidado.

Huye con gran diligencia de la viciosa singularidad. Principalmente han de huir este vicio los que viven en monasterios y

están obligados a alguna regla común y aprobada. Algunos hay que disfrutan más cuando hacen alguna cosa que no hacen los demás de la comunidad: más se alegran ayunando un día en que no ayunan sus hermanos y compañeros, que si ayunasen diez en su compañía. Pero miserablemente se engañan éstos a sí mismos.

Prudencia en la austeridad.- Aunque oigas o leas de muchos varones santos que hayan vivido muy rigurosamente, y por ventura eso, con el gran fervor al principio de tu conversión, te anime a tomar alguna aspereza y rigor nuevo y extraordinario, no sigas inconsideradamente semejante fervor, sino aprovéchate del consejo de varones sabios y experimentads. Porque aquello que hicieron los santos varones perfectos, fué por cierta y evidente inspiración del Espíritu Santo. Los vicios es justo que se mortifiquen, pero no se ha de oprimir el cuerpo, ni destruir la naturaleza. *Mucho más seguramente se lleva la cruz y aflicción que Dios carga al hombre, que la que el mismo hombre se toma por su propia voluntad.*

Dios nuestro fin.- A gloria de Dios ha de ser todo lo que hicieses o dejares de hacer; de suerte que en todas tus cosas pongas tu intención solamente en Dios. Él ha de ser el blanco a donde mires y has de estar atado a Él con el nudo excelente de la buena voluntad, no buscando jamás tu gusto adrede ni voluntariamente.

Negación de sí mismo.- En hallando en ti algún propio y desordenado amor, detéstalo y renuncia a ti mismo; porque el propio gusto y la propia voluntad corrompe y carcome las buenas obras, por cierto que suena escogidamente en los oídos de Dios y deleita maravillosamente a su Majestad, la negación verdadera de sí mismo. *Si dijeras un Avemaría siquiera, en alabanza eterna de Dios, con la negación de ti mismo, le será más agradable a Dios, y a tí más provechosa, que si por tu propia voluntad rezases muchas veces el Salterio.*

Santa intención y deseo.- No hay obra tan pequeña que no aproveche mucho al alma, si va guiada solamente a Dios. Y así cualquiera que pone una flor siquiera en un altar, por amor de Dios, o compone la imagen de algún santo con buena y santa intención, sin duda que recibirá gran premio. Y aquel que solamente inclina la cabeza, o hinca la rodilla a honra y gloria de Dios, no perderá la paga.

Desea y pide a Dios que de todos tus pasos, de todos los movimientos de tu cuerpo y de todos los bocados que comes, resulte grande alabanza al Criador; desea y pide que todas las respiraciones que haces de día y de noche, honren y glorifiquen a Dios, y que sean muestras del amor, porque *realmente se hará lo que justa y santamente desearas y pidieres*.

Pedir a Dios su gracia.- Cuando quieres comenzar alguna cosa, levanta el corazón al Señor, y pídele consejo y ayuda; teniendo por cierto que si *El no te favorece con su gracia, no puedes hacer ni decir cosa ninguna que le agrade*. Ten gran cuenta con lo que te habla Dios allá dentro, y si Él y la buena razón permite que hagas esto o aquello. Sí dudas si es de Dios ese deseo que tienes, mira si supieras de cierto cuál era la voluntad de Dios si la seguirías; porque si te hallas con tan buen espíritu, que quieras seguir la voluntad de Dios, y le ruegas humildemente que te alumbré y enseñe, puedes confiar ya que es de Dios aquello a que tantas veces eres movido interiormente, como no sea contra la divina Escritura ni contra la doctrina de la Iglesia.

Pedir consejo.- Con todo esto, conviene que de buena gana procures saber la voluntad del Señor, de algún hombre temeroso de Dios y alumbrado con su divina luz, especialmente en cosas graves, por los muchos engaños que suele hacer el demonio, que algunas veces se transfigura en ángel de luz.

Nuestras obras unidas a las de Cristo.- Realmente, muy agradable ofrenda le será a Dios, si quisieres juntar y unir tus

buenas obras y ejercicios a las obras y ejercicios de Cristo; y así unidas ofrecerlas en alabanza eterna; además de que tus obras recibirán un lustre y valor inefable de las obras de Cristo con quien estuvieren unidas. *Tu plomo* (hablando de esta suerte) *será mudado en oro finísimo, y tu agua en un vino muy excelente.* Jesucristo y la Virgen María han de ser siempre tu amado refugio y tu querida esperanza; y a ellos has de encomendar en tus devotas oraciones tus necesidades y negocios.

CAPÍTULO VI

Cómo se ha de huir de las ocasiones

Guarda del corazón.- Huye las ocasiones de pecar y la amistad de personas que te pueden apartar de Dios, y ten gran cuidado de conservar la pureza de corazón. No te creas seguro indiscretamente, pues esta vida está llena de lazos, tentaciones y peligros, mas procura tu salvación con un santo y discreto temor. Porque son muy verdaderas las palabras del Sabio, que dice: *Si no te asieres firmemente al temor de Dios, presto dará en el suelo la casa* ¹ de tu alma y el edificio de tus virtudes y merecimientos. Pero, cuando por la humana flaqueza caes y pecas, y cuando por los vicios que te molestan, te parece que vuelves atrás más que aprovechas, no desmayes por eso, sino, llorando delante de Jesucristo, tu Señor, ruégale que con su purísima Sangre lave todas las manchas de tus pecados, y que con su gracia te fortifique en el bien comenzado.

Dios estima el deseo.- Y no te congojes mucho, si acaso no sientes dolor o contrición. Porque si quisieses y desearas mucho

no haber ofendido a Dios, o te pesa de que no te pese, *también recibe Dios ese dolor* y lo aprueba y le da gusto; *el cual no estima tanto el sentimiento que tienes, cuanto el que deseas tener.*

Di muchas veces estas palabras, u otras semejantes. “¡Oh, mi buen Jesús! ¡Ojalá nunca te hubiera ofendido!” “¡Ojalá viviese yo de aquí en adelante conforme a tu amabilísima y dulcísima voluntad y te agradase y sirviese!” Esta es contrición excellentísima, con la cual andan pareadas, la esperanza, y la humilde confianza en Dios. Por cierto, *más eficaz y prestamente se perdonan las culpas ligeras si, conociendo el hombre su culpa con humildad, con amor se convierte luego a Dios, que si anda mucho tiempo rumiando y pensando en ellas con gran pusilanimidad.*

Caídas por flaqueza.- Diferente cosa es caer por flaqueza o sorpresa en pecados veniales, o cometerlos deliberadamente por pura y grave negligencia. Porque un hombre puede caer por fragilidad o por sorpresa, aunque no esté preso del desordenado amor de alguna criatura; y aunque se halle siempre con un ánimo dispuesto para dejar todas las cosas que sabe de cierto que Dios quiere que deje, pero si se le ofrece la ocasión, fácilmente hace algún exceso, o de vanagloria, o de impaciencia, remisión o descuido, liviandad, o de alguna demasía de palabras, o de alguna afición sensual o carnal, o se destempla en la comida o bebida, o se alegra demasiado, o acude con más solicitud a las cosas temporales; empero, luego que vuelve sobre sí, le pesa del poco cuidado que tuvo consigo, y aborrece cualquier pecado por pequeño que sea, y con esto alcanza fácilmente perdón. El fondo de este hombre no está estragado, ni los vicios se le pegan tanto, ni ponen grande obstáculo a la gracia de Dios.

Caídas por negligencia.- Mas aquel que adrede y por su voluntad se deja estar cautio del amor y afición de las criaturas, y busca desordenadamente su deleite y regalo en ellas, éste sin duda que cae por pura y grave negligencia. Porque aunque quitadas las

ocasiones de pecar, podría ser que no pecase, pero desea mucho verse en ellas; y los pecados en que ha caído por ese mal deseo, y que los habría de aborrecer y le habrían de dar mucha pena, los tiene por nada o poco, ni hace caso de ellos; claro está que el fondo de este hombre no está limpio. Mas si éste, en cayendo, concibiese un verdadero dolor y propósito de enmendarse, también alcanzaría perdón.

La lucha contra las tentaciones.- También es diferente cosa pelear con los vicios, o ser vencido de ellos. *Mientras no consientes, mientras los vicios te desagradan y ofenden, y con la razón y vountad les haces resistencia, no te apartas de Dios, por más violentos e importunos que sean.* Algunos siervos de Dios en lo interior y en lo exterior, son naturalmente sosegados, y así no son reciamente tentados de los vicios. Otros, cuando se les ofrecen las ocasiones son tentados con más violencia (como son de su naturaleza inclinados a soberbia, o vanagloria, a ira o gula o lujuria o a otros pecados) pero de ninguna suerte quieren dar consentimiento a los dichos vicios; porque en sintiéndolos en sí, dejan y menostrecian luego todo lo que contradice a Dios y a su espíritu, y, renunciando a su sensualidad, acuden allá dentro de su alma a Dios con fe y con humilde oración. Estos son muchas veces más alabados de Dios, y poseen las virtudes con más excelencia que esos otros: *porque la perfección de las virtudes se alcanza en buena guerra. Y será posible que alguno de estos que pelea diestramente contra los vicios, esté por algún tiempo detenido en el Purgatorio después de su muerte, pero cuando estuviere purificado enteramente, tendrá en el cielo más alto grado de gloria, que el otro que no fué tan diestro en pelear, aunque éste haya subido al cielo sin detenerse en el Purgatorio.* Así que no te han de hacer perder el ánimo las grandes tentaciones.

No ensucian al hombre las tentaciones y movimientos de los vicios.- Aunque en las potencias inferiores y sensitivas

del alma que no son comunes con los brutos animales, sintieses gravísimos movimientos de pecados, mas no les dieses consentimiento; aunque muchas veces acudiesen a tu corazón, contra tu voluntad, imágenes muy asquerosas, o blasfemias nunca oídas contra Dios y sus Santos, *no ensuciarían tu alma, antes la limpiarían y te aparejarían admirables coronas en el cielo.* Muchos grandes siervos de Dios son de tal suerte molestados de semejantes tentaciones, que no una oración siquiera del Padrenuestro, o Avemaría, pueden acabar, sin que el demonio los esté inquietando. *Estos, por las increíbles angustias que padecen, creen que estan cargados de pecados, mas para con Dios son excelentes mártires.* No se debe cortar el hilo a la oración (aunque tengas muchas distracciones) ni otra obra ninguna buena se ha de estimar en poco ni dejarse por esas tentaciones, angustias y aflicciones. Cualquiera que (aunque sea una sola vez) gusta de complacerse vanamente a si mismo, parece más mal en los ojos de Dios, que si muchos años padeciese semejantes movimientos, por muy malos que fuesen, cómo no les diese consentimiento. *Y no pierde la gracia de Dios el alma que con voluntad deliberada no se rinda al pecado, por más que desplieguen todo su furor los demonios, y la carne se estremeciere haciendo sentir su aguijón.* Muchas veces es de tal suerte prevenida la razón por estas tentaciones, malos pensamientos y deleites, que el siervo de Dios, sin pensar ni advertir, piensa algún espacio de tiempo en ellas; mas en advirtiendo perfectamente qué es lo que piensa, se desvía de allí y no da consentimiento al deleite que le había falseado.

No hay pecado mientras no hay voluntad.- No te debes entristecer mucho ni temer, porque mientras duermes, cuando está impedida la razón, te haya sucedido algún torpe sueño, si en despertando y volviendo sobre ti desechas con la voluntad lo que es malo. El pecado totalmente depende de la voluntad; de manera que si no fuere voluntario, no será pecado.

Así que por tu consejo vuelvo a decir: que si por alguna injuria que hubieses recibido de alguno, o por alguna palabra afrentosa

que a tí o a cosa tuya hubiese dicho, o por otra ocasión, te sintieses muy colérico, o mal intencionado con él, o le tuvieses envidia; mientras te diese mucha pena y estuvieses como horrorizado de ti mismo, y todo lo posible reprimieses aquel vicio que en ti vive, y procurases echarlo de ti por la humilde confesión y oración y mortificarlo; ninguna cosa habría perdido tu alma por eso. *Algún torbellino habría pasado en la parte inferior, más en la superior, que es la razón, quedaría sosegada y quieta y la voluntad no quedaría estragada ni vencida; si no das consentimiento al pecado, nada te apartará de Dios, ni de su amistad.*

Fuera de esto, ni el demonio ni criatura ninguna te puede hacer fuerza para que consientas, pues tienes la voluntad libre, y Dios está aparejado para ayudarla con su gracia, para que no te rindas y des consentimiento. Pero si lo diste, puedes luego, ayudándote Dios, volver en gracia y amistad del mismo señor, por la verdadera contrición y penitencia.

Perseverar y confiar siempre en Dios.- *Persevera pues, en el buen propósito que has comenzado, aunque caigas millares de veces al día. Confía firmemente en el Señor, que perdona muy benignísimamente al hombre de buena voluntad y que humildemente conoce su culpa. Es absolutamente imposible que el alma humilde sea desechada de Dios y se condene.*

¡Oh! si alumbrado con la luz de la divina gracia, conocieses y sintieses cuán clemente, piadoso, suave y bueno sea Jesucristo; sin duda que concibirías en Él una amorosa y grande confianza y te alegrarías grandemente; y esta alegre confianza no te haría perezoso y negligente en la buena vida, sino muy presto y diligente. *Muchas veces visita dulcemente el benignísimo y dulcísimo Jesús, y consuela con su gracia, aun al hombre que sabe que poco después ha de caer y dar en algún pecado. ¡Y con cuanto gusto te recibe Él, cuando después de caído te levantas y te vuelves a Él humilde y amorosamente!* Entonces también con grandísimo gozo se alegran aquellos espíritus angélicos y los otros santos del cielo; porque también *ellos son muy benignos y*

misericordiosos y te aman con una muy sincera caridad.

Impórtale mucho a aquel que padece temor desordenado de su condenación pero procura con todas sus fuerzas vivir bien; digo que le conviene mucho apartar con prudencia los ojos interiores de la consideración demasiada del riguroso juicio de Dios; impórtale creer sin vacilación ninguna a las Escrituras Sagradas, que están llenas de celestiales consuelos. A quién no esforzarán las suavísimas palabras del profeta David, que dice: *Él, misericordioso, Él, que tiene compasión, Él, sufrido y muy misericordioso.*¹ *Cuan lejos está el oriente de occidente, tan lejos apartó nuestros pecados de nosotros; como el padre usa de misericordia con sus hijos, así la usó el Señor con los que le temen.*²

Tema, y muy justo es que tema mucho el rigor del divino juicio, aquel que no hace caso de Dios ni de sus mandamientos, y que persevera en sus maldades y no se quiere enmendar. Con éste habla realmente el apóstol San Pablo, cuando con el trueno de unas terribles palabras dice: ¿Menosprecias por ventura y tienes en poco la rica y copiosa bondad de Dios, que te ama tanto y te hace tantas mercedes, y te prometes de ella que quedarás sin castigo de tus culpas, y asimismo su paciencia con que sufre tus pecados, y su longanimidad con que espera tu enmienda; no considerando que la benignidad de Dios, cuanto es de su parte, te atrae y convida a que hagas penitencia? Tú, al contrario, conforme a tu duro y diamantino corazón, a quien no ablandan tantos beneficios para que hagas penitencia, atesoras y amontonas venganza, ira y castigo, el cual, aunque ahora está encerrado, se descubrirá y cargará sobre ti en el día que trocará Dios su blandura en rigor y delante de todo el mundo se manifieste su justo juicio.

Pero el mismo San Pablo, a aquellos que se apartan de los pecados y procuran vivir conforme al espíritu, los consuela grandemente, diciendo: “No hay por qué teman ser condenados

¹ Salmo 144, 8.

² Salmo 102, 12-13.

los que están en Cristo, que no viven según los deseos de la carne”¹. El hombre de buena voluntad en ninguna manera ha de pensar que Dios es cruel, cuya naturaleza es bondad, cuya benignidad y clemencia experimenta el mismo hombre cada día. Porque el que se llame Dios en la Escritura terrible,² y el que muchas veces se le atribuya ira y furor, se hace para darnos ha entender sus obras espirituales y los efectos de su justicia. Porque en Dios no hay mudanza ninguna, ni está sujeto a turbación, ni pasión; antes siempre está en un ser sosegado y quieto, siempre el mismo y siempre de la misma manera. Por lo cual está escrito en el libro de la Sabiduría: “Tú, Señor poderoso, sin pasión y con mucha tranquilidad y paz juzgas”.³

Resiste varonilmente a la tentación de la desesperación y desconfianza. Haz cuanto pudieres para aprovechar cada día más y más; y no confies en tus fuerzas, sino en el favor de tu Dios y Señor, porque aquellos que fian de si mismos, al mejor tiempo faltan, pues no puede hacer el hombre ninguna buena obra por sus propias fuerzas solamente.

La oración perseverante y confiada.- Pídele a Dios con mucha insistencia que mortifique en ti y quite todo aquello que le ofende y le desagrada; pídele que te haga hombre a medida de su corazón. Porque si tuvieres fe y perseverares en tu humilde petición y oración, sin duda que alcanzarás lo que importare a tu salvación, conforme a la promesa de Cristo, que dijo: *Pedid y os darán. Cualquier cosa que pidieréis en la oración la recibiréis.*⁴ Es forzoso que, si no luego, a lo menos a su tiempo, alcances por la oración lo que es útil y lo que puedes esperar con una segura y entera confianza.

Si dos hombres estuviesen juntamente orando y uno de ellos pidiese en su oración una cosa que casi pareciese imposible, mas

¹ Romanos, 8, 1.

² Juan, 1.

³ Sabiduría, 12, 18.

⁴ Mateo, 7, 7; Lucas, 11, 9; Marcos, 11, 24.

estuviese confiado que Dios le había de oír; y el otro pidiese una cosa muy pequeña y de muy poca importancia, pero no tuviese entera confianza en Dios, *más presto sería oído aquel que había pedido una cosa muy grande y muy dificultosa, por el merecimiento de su confianza, que el que pedía una cosa pequeña, porque la pedía con poca confianza.* Si por ventura pides a Dios con devoción algunas cosas que no te son provechosas Él te dará las que lo sean. Es padre amorosísimo; cuando le pides un escudo de oro espiritual, si te niega lo que pides, hácelo porque, como eres niño, no sabrás usar bien de ese dinero; pero cuantas veces tú le pides un escudo, tantas te guarda el ciento por uno en el cielo. *No es posible que carezca de gran fruto la más pequeña oración,* ¹ *si va como debe; ni el gemido más pequeño, ni el más mínimo suspiro, si fuere con devoción.* Reza muchas veces aquella excelentísima y suavísima oración del Padrenuestro, que jesucristo nuestro Señor nos dijo y enseñó por su sagrada boca. Y cuando hicieses oración a Dios, no pienses que es algún cuerpo o alguna cosa visible, sino creyendo que es Espíritu, adóralo y hazle oración en espíritu y en verdad. Concibe en el alma, que es una substancia sobre toda substancia: contéplalo como suma Bondad, suma Caridad, Luz intelectual sumamente amable.

Mas al Hijo de Dios, que se hizo hombre por ti, considéralo y contéplalo como Dios y Hombre.

¹ Mateo, 6, 6; Lucas, 11, 13; Marcos, 11, 24.